

tanto tiene todavía mucho que aguardar en pa-  
ra que no sabe olvidar los servicios de sus pa-  
nos hijos ofreciéndoles en cambio de sus almas  
y viglias una gratitud imperecedera.

J. M. V. I.

Noviembre de 1884

---

## INTRODUCCION.

---

AUSENTE diez años há del suelo donde se me-  
ció mi cuna, léjos de la tierra en cuyo seno  
descansan los restos de mis padres, de mis  
hermanos y de mis hijos, del lugar en donde unos  
murieron y existen otros amigos y compañeros  
mios en la edad mas dichosa de mi vida; léjos  
de cuanto me ha sido mas caro, he podido com-  
prender que no es posible que se borren las pri-  
meras impresiones, que se olviden los primeros  
recuerdos y las simpatías primeras. Y es que és-  
tas nacen del corazon como las ideas nacen de  
la inteligencia, y que ciertos sentimientos del

hombre se fortifican y crecen á medida que él crece y se fortifica.

No ignoro que han extendido su imperio el egoismo y la ingratitud, que son la gangrena de las sociedades modernas, y que el helado indiferentismo carcome y mina las bases de nuestro edificio social; pero tengo la consoladora creencia de que todavía no es decisivo el influjo de esos males que, con justicia, lamentan los hombres pensadores. Creo con algun autor moderno, que la humanidad es más infeliz y mártir que depravada, que es mas pobre de inteligencia que de corazon, y que en las sociedades están siempre en menor número los egoistas y los tiranos. Pero aunque aparezca lo contrario, solo porque la hipocresía y el crimen son cínicos y la virtud es modesta; aunque fuera verdad que esos males ganen terreno, oponerse á su devastadora corriente es un deber que imponen la filosofía y el patriotismo. En tal caso, el hombre patriota y filósofo dirá á Dios como Ajax á Júpiter: *No te pido la victoria, sino que prolongues la duracion del dia para sucumbir combatiendo.*

Pero necesito demostrar que aún no me contagia el cáncer que corroe á una parte de la sociedad, que aún no penetra á mi corazon el egoismo, que convierte al hombre en ídolo de sí pro-

pio, ni la ingratitud, que abaja y envilece aún á aquellos que mas altos y ennoblecidos se han visto. Y si á esto se agrega que tengo una deuda que pagar, un deber que cumplir, se comprenderá por qué emprendo una tarea muy superior á mis fuerzas.

Que se me permita una digresion en gracia de que ella entraña mis mas dulces recuerdos.

Al impulso del torrente revolucionario que se desbordaba cuando era niño aun, me dejé arrastrar por las tempestuosas olas de nuestras contiendas civiles. Las desgracias públicas me preocupaban; participé de las alarmas, de los temores comunes á todos; ví heridos los intereses sociales, perseguidas las creencias religiosas, las opiniones políticas. No podia comprender por qué se tenia empeño en aherrojar á los pueblos, por qué se les detenía en el camino del progreso que Dios les ha trazado. Procuré entónces investigar las causas de tantas aberraciones y crímenes tantos, y encontré que las preocupaciones y el despotismo engendraban la abyeccion del mayor número y los abusos y atentados de unos cuantos tiranos audaces. La revolucion de Ayutla despertó mi espíritu aletargado, iluminó mi razon la lectura de algunos libros, y varios amigos, compañeros en el hogar, en la escuela y en el co-

legio, me ayudaron á luchar con mi educacion y mis hábitos. Una vez persuadido de que un grupo de hombres esquilma y oprimia al país, pretendiendo encubrir sus dilapidaciones y atentados con el manto de la patria y de la religion, sacudí el polvo de mis preocupaciones, rompí el yugo que pesaba sobre mí. Entonces me dejé conducir por el torrente de las ideas, con toda la fé, con todo el entusiasmo, con todo el ardor de un corazon de veinte años. Esto era cuando el débil é infortunado Comonfort se mantenía en el poder apoyado por la opinion pública, cuando el Congreso constituyente terminaba su obra, que ha sido mas tarde la bandera de todos los partidos; era esto cuando en la tribuna, en la prensa, en los clubs se arrancaba la máscara á los verdugos, señalándose á las víctimas un camino de luz y libertad.

Si cumplir con un deber, si obrar á impulso de una conviccion significaba un sacrificio, yo lo consumaba gozoso, ansiando ser algun dia útil á mi Estado y á la causa de principios que se proclamaba. Y el Estado me pagó con usura. Acogió mis servicios, leyó mis pobres producciones, estimuló mi carrera pública cuando daba en ella los primeros y vacilantes pasos. Mas tarde me hacia llegar á los primeros puestos, me manda-

ba mas de una vez á ocupar un asiento en el Congreso de la Union. Lo poco, lo muy poco que yo servia, fué pagado con tal prodigalidad, que ni en los dias de mis mas locos sueños de ambicion hubiera imaginado tantas recompensas.

Esta deuda tengo que pagar, tanto mas sagrada cuanto mas estoy reconocido al Estado. Para lograrlo hasta donde alcancen mis débiles fuerzas, escribo una "Historia de Aguascalientes," ó mejor dicho, un ensayo histórico, obra que no tendrá mas mérito que ser la primera de este género que tenga el Estado. (1)

No ignoro que acometo una empresa que aún hombres verdaderamente ilustrados no querian acometer; pero creo disculpable esta osadía por el sentimiento patriótico que me inspira. Sé que el historiador debe ser la voz viva de la conciencia del pueblo, que debe interpretar fielmente el sentimiento moral; sé que se necesita, como dice César Cantú, no solo talento, sino corazon y fé, amor á la humanidad, paciencia en las investigaciones, ingenuidad en los juicios; pero disimúleseme si á pesar de esto me atrevo á pre-

---

(1.) Hasta ahora solo tienen historia, segun sé, los Estados de Jalisco, Yucatan, Oaxaca y Zacatecas, incompleta la de este último.

sentar á mis compatriotas el pobre fruto de mis trabajos y desvelos. El Judío Errante de la leyenda, anda, y anda, y nunca llega al punto final de su destino: yo andaré, y andaré, y si no cumplo la mision que me impongo, quizá logre quitar los obstáculos del camino que con éxito completo seguirán mas tarde otros hombres mas dignos. El sublime error de Colon, que buscaba el paso para la India, descubrió el Nuevo Mundo; ¿pueda mi osadía señalar á las generaciones venideras la vía que conduce al conocimiento de la verdad histórica!....

Otras causas, á mas de las expuestas, pesan en mi ánimo. La juventud de mi pátria ignora la historia del Estado; Aguascalientes es ménos conocido de lo que debe ser en la República y en el extranjero, porque no existe un libro que nos presente con nuestros errores y nuestras pasiones, con nuestros crímenes, si se quiere; pero tambien con nuestra abnegacion y nuestro heroismo, con nuestros esfuerzos encaminados á la conquista de todos los bienes sociales, con nuestros sacrificios consumados en aras de la independencia, en el altar de la Libertad. Tienen su historia Berna, Ginebra y los demas cantones del país de Guillermo Tell, la tienen los mas pequeños pueblos de la Europa; ¿por qué Aguas-

calientes no ha de tener la suya? por qué no ha de comprender que la historia constituye una ciencia en los tiempos modernos?

Porque no es el estudio de la historia un vano entretenimiento, ni tiene por objeto satisfacer pueriles curiosidades; "no es la relacion monótona ó divertida de los hechos." La historia enseña lo verdadero y lo bueno, lo útil y lo bello; liga unos á otros los eslabones de la interminable cadena de las generaciones que se suceden; y en frente del error y el crimen, del egoismo y la corrupcion, coloca la luz y la ciencia, la abnegacion y el heroismo. Si bien se ven en sus páginas la violencia y la astucia, el frío indiferentismo y la insaciable avaricia, tambien nos revela acciones heroicas de equidad, de justicia y de caridad. Junto á un Rómulo y un Tarquino presenta un Numa y un Bruto; junto á un Pizarro, cruel y bárbaro, un cardenal Dubois, inmoral y corrompido, y un Carlos IX, asesino de su pueblo, nos enseña los simpáticos y venerados nombres de Bartolomé de las Casas, apóstol dulce y humano del cristianismo, de Zully, partícipe de las glorias del gran rey Enrique IV, de l'Hopital, virtuoso y esforzado campeón de la libertad religiosa. Por eso al leer la historia querriamos borrar de ella á los malvados y á los déspotas, y realzar los nombres

de los héroes, de los sábios, de los benefactores de la humanidad.

Consiste esto en que la historia nos muestra á la virtud con todas sus galas y al vicio en su deforme desnudez, haciendo así que las desventuras y los desastres pasados engendren la concordia y la dicha en provecho de las generaciones venideras. Cada generacion, al extinguirse, deja su contingente de virtud y de ciencia, contribuyendo así á la obra lenta del perfeccionamiento de las sociedades.

Por eso he creido que podia ser útil este ensayo, que, cuando menos, estimulará á otros á seguir la vía que apenas trazo. Si bien la historia de Aguascalientes, que apenas abraza una serie de mas de tres siglos, no inspirará el interese que algunos encuentran en las relaciones que se refieren á épocas remotas, se verá en aquella lo que en todas se encuentra:—la incesante lucha entre la razon y el fanatismo, entre el bien y el mal, entre la libertad y la tiranía. Allá tambien han combatido mezquinos intereses y aspiraciones bastardas, han existido tambien opresores y oprimidos, señores y siervos; pero tambien allá han dejado un grato recuerdo, un ejemplo digno de imitarse, no pocos amigos de la civilizacion y la humanidad, defensores é intérpretes de una

sociedad cristiana; se han hecho allá generosos esfuerzos, se han consumado cruentos sacrificios con el fin de conquistar el mejoramiento político y social, la prosperidad de todos los asociados.

Solo siento que no sea este libro lo que deberia ser, lo que yo desearia que fuese. No hay en Aguascalientes una historia que pudiera iluminar mi camino; no hay crónicas, memórias, monumentos, inscripciones, ni anécdotas siquiera, que son los auxiliares del historiador. (1) La arqueología, la numismática no pueden prestarme su poderoso concurso. Robados ó incendiados los archivos en 1863, no puedo consultar los documentos públicos. Me he podido proporcionar algunos que escaparon de aquel acto de barbárie, de aquel robo salvaje, y han puesto otros á mi disposicion varios amigos. Podian las tradiciones llenar en parte el vacío que dejan esos documentos, pero algunas de ellas no resis-

---

(1) Siendo presidente Comonfort y Lafragua ministro de Gobernacion, se dispuso en circular de fecha 9 de Diciembre de 1856, que los gobernadores publicaran los documentos históricos que existieran en los archivos y reimprimieran las obras antiguas, tambien históricas. Ignoro por qué un hombre tan ilustrado como el Sr. Teran, no intentó siquiera hacer estas publicaciones. ¡Cuánto hubiera ganado la historia con ellas!

ten á la crítica menos severa. Las que se refieren al *caporal Ardilla*, á la *Barragana*, á los milagros del virtuoso cura Lomas, son ridículas consejas propagadas por la ignorancia y el fanatismo. Sin embargo, he acogido otras tradiciones y las consignaré con tal carácter.

Si los acontecimientos que refiero no son tan numerosos y algunos de ellos carecen de pormenores, es que así lo exigen las causas enunciadas. Respecto de los sucesos anteriores al año de 1810, la historia ofrece muy poco interes. La capital y las otras poblaciones que componen el Estado, eran entonces pobres villorios sometidos al capricho de las autoridades de Nueva Galicia. Despues de aquel año memorable, Aguascalientes despierta á la vida, ve aumentar su poblacion (quien lo creyera!) por la odiosa tiranía de D. Felipe Teran, comienza á desarrollar sus elementos de riqueza, y conquista, debiéndolo á los esfuerzos de sus hijos, un lugar en el catálogo de los Estados de la Union.

El padre Cavo, Alaman, Bustamante, Zavala, Mota Padilla, Frejes y otros historiadores, nada ó muy poco dicen con relacion á Aguascalientes, y yo me propongo demostrar la injusticia de esos autores. Presentaré á la vista de la República el espectáculo grandioso que ofrece un pueblo

que desarrolla rápidamente su agricultura, su industria y su comercio en un suelo casi desierto á principios del pasado siglo; presentaré sucesos y hombres con los cuales justamente se enorgullece el Estado. Básteme por ahora decir que, cuando apenas se acababa de consumir la independencia de México en 1821, Aguascalientes, quizá despreciado pocos años antes, era el granero de los pueblos vecinos, el almacén que llenaban las manos laboriosas de nuestros agricultores é industriales, de donde las sacaban los exportadores, para llevarlas á Estados de los cuales nos separan centenares de leguas. En Aguascalientes repercutió la voz de los primeros republicanos que propagaban las nuevas ideas desde la capital de la República. La independencia fué allí iniciada por el inquebrantable demócrata D. Pedro Parga, compañero de Hidalgo desde Setiembre de 1810, defendida por el heroico cura Calvillo, proclamada por D. Valentin Gómez Farías en 1821: fué allí consolidada la Constitucion de 1824, por el denodado campeón de la libertad, por el Revillagigedo de Aguascalientes D. José María Guzman.

Hablaré de la marcha progresiva de la instruccion primaria, de los esfuerzos hechos con el fin de establecer colegios de instruccion secun-

daria y profesional. El primero que se estableció se debe al gobernador D. Felipe Nieto.

La falta de estos colegios hizo que fuera poco ó ninguno el movimiento literario antes de 1845. Cinco años despues comenzaron las publicaciones periódicas, y el movimiento creció en poco tiempo. Le daba impulso en 1854, D. Jesus Teran, y en 1860 la literatura hizo grandes progresos. Débese esto último al gobernador D. Estéban Avila.

Los anales del Estado consignan otros hechos que significan otras tantas glorias, guardan su historia militar que debería escribirse con caracteres de oro. De allá fueron muchos soldados de Allende, compañeros despues de D. Ignacio Rayon en su marcha audaz desde el Norte hasta el Sur de la República. Amenaza Barradas á México, y el Estado se levanta como un solo hombre; mata Bustamante la libertad y los hijos de Aguascalientes sucumben en el "Gallinero;" desafian al poder de Santa Anna, García y Farías, y lidian en Zacatecas nuestros guardias nacionales en las filas de los defensores de la democracia.

Mas tarde se abria un basto campo al denuedo, al heroismo de nuestros soldados, un campo donde recogerian inmarcesibles laureles. Casi en

todos los combates que el país sostuvo contra los americanos, pelearon los soldados del Estado, y en todas partes el nombre de éste quedó muy alto. Monterey, la Angostura, el Vallé de México admiraron el arrojo, el heroismo del batallón "Primer lijero de Aguascalientes;" los mismos invasores respetaron el valor, y los jefes del ejército mexicano lo aplaudieron. Cuanto viva en la historia el recuerdo de la batalla de la Angostura, vivirá el de nuestros soldados, el del impertérito sargento Liberato Santa Cruz, héroe de aquella sangrienta jornada.

Hay en nuestra historia otras páginas gloriosas que nos revelan, no las ventajas de la instrucción militar, sino el arrojo de las masas; no los resultados de la disciplina, sino el denuedo y el heroismo de un pueblo. Guiado por su caudillo el popular gobernador Cosío, no permitió que los soldados de Zacatecas invadieran la capital del Estado. Y cuando se pierde la independencia de este, las masas, sin jefes, sin organización, sin armas, sitian en la plaza y en los cuarteles á los zacatecanos, oponen las piedras, los palos y los puñales á los fusiles y á los cañones del enemigo. Mas de una vez el pueblo impuso á sus contrarios; mas de una vez abandonaron estos la plaza ante la terrible actitud que asumió

aquel. Sin un Camilo Desmoulins que diera una cocarda á las masas, sin un Lafayette que trocara los ciudadanos en soldados, el empuje popular lograba el éxito.

Después de estos inolvidables sucesos, la revolución de Ayutla contó entre sus campeones al demócrata general José María Arteaga y al intrépido José María Sandoval; la guerra de Reforma creó á los hombres *sin miedo y sin tacha*, á los Bayardos de Aguascalientes, Macías y Rangel, y la lucha en favor de nuestra independencia dió al Estado un martirologio, un gran libro escrito con sangre al pié de los cadalsos que la intervencion francesa levantó en Jerez, en Malpaso y en Tabasco.

Cómo no ha de tener escrita su historia un pueblo abnegado, patriota, amigo del progreso moral y material? por qué no he de ser yo, ya que otros no lo han hecho, quien acometa la peligrosa tarea de escribirla?

Peligrosa he dicho, y es la verdad. Tengo que combatir arraigadas preocupaciones, tengo que ser imparcial, exacto en la enunciacion de los hechos y en las apreciaciones de ellos. Yo, que si no con talento, sí con fé y corazon acometo esta empresa, no seré débil al revocar muchos juicios, autorizados ya por el trascurso del tiempo,

ni aceptaré sin exámen los que me quieran imponer el vulgo ignorante y el apasionado partidario. *Si no tienes valor—dice Polibio—para censurar á los amigos y elogiar á los enemigos, no escribas.*—Esta será mi regla de conducta, sin que me intimiden el desprecio que viene de los de arriba ni las envidias que nacen de los de abajo.

Sé bien que, como dice Feyjoo, *los que nada hacen son los que critican y censuran todo.* No importa, si obtengo algo menos desfavorable, si encuentro compatriotas que, cuando menos, hagan justicia á la rectitud de mis intenciones y comprendan la elevacion de mis miras. De este modo crearé recompensados mis trabajos que consagro á mi Estado. Por otra parte, como ni sueño en alcanzar un triunfo espléndido, como no pido el privilegio de ser juzgado favorablemente, espero el fallo sobre mi obra, y lo espero con tranquilidad. Deseo solamente que se me respete al juzgármese, que se me combata con lealtad, con la franqueza y buena fé con que yo señalo las virtudes y los desaciertos de los hombres públicos cuyos nombres consigno en este ensayo histórico.

Hay—lo sé—muchos abrojos en el camino que emprendo, pero espero recoger algunas flores. Si punzantes espinas han de herir mis plantas, que á lo ménos aspire algun perfume, aunque



pronto se marchite en mis manos la rosa que me lo brinde. Que á la acerva crítica, á la implacable ironía suceda de vez en cuando alguna satisfaccion. El náufrago encuentra una tabla que le salve en medio de la tempestad; por qué no he de encontrar algo dulce despues de probar mil amarguras?

Por mucho que la fortuna me sea contraria, no podrá negarme goces, aunque sean efimeros. Creo ya disfrutar algunos. Dar á conocer mi Estado me es satisfactorio; me es grato demostrar que no por vivir léjos del pátrio suelo, dejan de estar allá mi gratitud y mis recuerdos. Si obedeciendo á una ley de la naturaleza siguen los satélites ó los planetas en su interminable carrera, por qué no ha de ser una ley del sentimiento que el corazon del hombre esté allá donde se meció su cuna?

*Está echada mi suerte—decia Bruto—y no tengo que correr peligro alguno.* Está escrito mi libro—diré yo—y verá la luz pública. Y en él diré á los que han calumniado á Aguascalientes, que hablaron sin conocimiento de las personas y los sucesos; acusaré de negligentes á los que en sus historias han omitido el nombre de nuestro Estado y desentendídose de nuestros esfuerzos y sacrificios. Combatiré el error y la mentira; desenterraré nombres ilustres que la ingratitud ha-

bia sepultado en el olvido, y á la calumnia, á la negligencia, á la ignorancia, opondré la fuerza incontrastable de los hechos. Defenderé el buen nombre del Estado y levantaré cuanto pueda su gloriosa bandera.

A mis compatriotas diré que amen, crean y esperen, para que el sentimiento de fraternidad y la fé en el porvenir, sean las bases de granito sobre las cuales levanten el edificio de su futura grandeza. Les diré que combatan al egoismo y á la discordia, que uniformen sus esfuerzos, que el sentimiento moral perfeccione sus costumbres, de suyo morigeradas, y que hagan que presidan su consejo el derecho y la razon, para que no sea una mentira el uso de todas las libertades, ni una vana esperanza la conquista del porvenir.

Arquimedes buscaba un punto de apoyo para su palanca; nosotros lo tenemos en nuestro suelo, que atesora grandes elementos de prosperidad. Que para desarrollarlos no nos acobarde considerar la corta extension del territorio del Estado. Mientras llega el dia de la reparacion y de la justicia; mientras el gobierno de la Union nivela las fuerzas de las entidades federativas, nos basta lo que poseemos para determinar una era de libertad, de verdadero progreso. Pequeña es la Suiza, que está como incrustada entre las

grandes potencias de Europa, y aquel suelo feliz es el país clásico del patriotismo y del derecho, el asilo de todos los perseguidos por los tiranos, el objeto de la envidia de los que tienen hambre y sed de libertad y de justicia. El David bíblico mató á un coloso; la Grecia venció á los mas potentes imperios del Oriente; por qué Aguascalientes no ha de poder determinar su grandeza y prosperidad?

A la consecucion de ese fin patriótico cooperarán mis compatriotas, cooperaré yo con todos mis esfuerzos, con toda mi fé. Yo tambien quiero ser partícipe de la gloria que conquisten los que realicen tan grandiosa obra; tambien yo quiero (por qué no lo he de ambicionar?) que el negro olvido no cubra con sus alas mi memoria, que mi humilde nombre permanezca escrito, aunque sea solo en las páginas de este libro. En cuanto á mi Estado, á sus hechos gloriosos y á sus hombres, deseo que nadie pueda decir jamás lo que decia la inmortal Safo respecto de las matronas griegas: *No se hablará de ellas en vida, ni tendrán fama despues de muertas; pasarán de la oscuridad á la nada del sepulcro, semejantes á las nocturnas sombras que disipa la aurora.*

México, Setiembre de 1881.

AGUSTIN R. GONZALEZ.

---

## CAPITULO I.

---

### Un paseo al Estado.

---

**I**NVITO al lector para que me acompañe á recorrer el teatro de los sucesos á que este ensayo histórico se refiere, el terreno donde existió y existe una sociedad cuyos vicios y virtudes, cuyas glorias, vicisitudes y desgracias dejaré consignadas. Este viaje es necesario para conocer los elementos de riqueza que atesora el Estado, para comprender la importancia de éste, y deducir de todo hasta dónde puede elevarse Aguascalientes.

Partamos, pues, de Oriente á Occidente, por el centro del Estado, y examinemos una superficie de cua-